



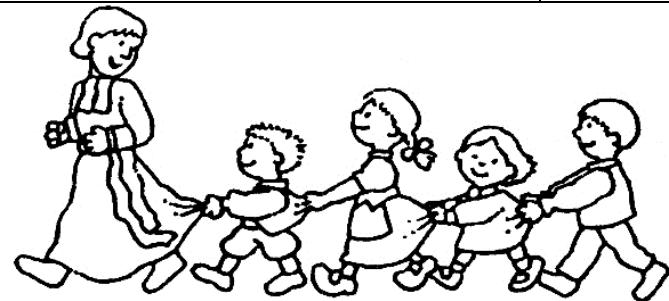
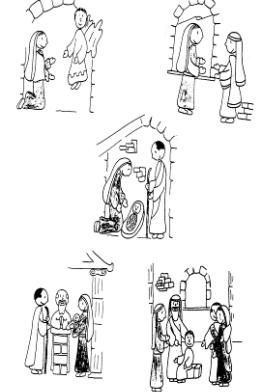
**“Venid al pesebre, traed como los Magos,
vuestra ofrenda a Jesús”**
Padre Andrés Coindre



EL CORAZÓN DE CRISTO
Navidad 2011
Año nuevo 2012

Durante el tiempo de Navidad es bueno meditar los misterios gozosos del Rosario. En ellos contemplamos y meditamos los acontecimientos que vivió María en aquella primera Navidad.

En esta nueva navidad del año 2011, estás invitado a fijar tu mirada en Andrés Coindre, que experimentó en su vida estos mismo momentos de gozo... y de dolor. Sin olvidar que estos misterios de la Anunciación, Visitación, Nacimiento, Presentación y Pérdida y hallazgo... los tenemos que vivir, de una manera u otra, cada uno de nosotros.



**2012: 225 años de nacimiento del P. Andrés Coindre,
¡200 años de ordenación sacerdotal!**

La Anunciación

Estaba anocheciendo. Era invierno y hacía mucho frío. De pronto escuché a alguien que me llamaba. Entonces distinguí dos niñitas. Me pedían que les ayudara. Eran huérfanas, no tenían a dónde ir. Sus palabras me desgarraron el corazón pero qué podía hacer yo. Mi primera reacción fue la de darles una limosna y seguir adelante. Pero sentí una fuerte voz en mi interior, como bajada del cielo, que me decía: *Tu limosna no me basta, dales más, date a ti mismo. No tengas miedo, que mi Espíritu te guiará.*

Entonces yo dije: *estoy disponible, haz de mí lo que quieras, Señor.* Tomé a las niñas de la mano y me dirigí con esos “ángeles” a no sabía dónde. Bueno, sí. Allí donde el Espíritu del Señor me condujera.

La Visitación

Ese fue el primer encuentro con las niñas abandonadas, pero luego vinieron más. Y luego fueron los niños. Sentía como un impulso, que no podía detener, para acercarme a ellos. En camino, siempre en camino... respondiendo a las voces de mi corazón que me decían: *ayúdale, nos los abandones.*

Un día se me acercó uno de los niños de los que había recogido y me dijo. *Yo no he conocido a mi papá, pero tú eres para mí mejor que papá, eres como el papá Dios. Por eso estoy muy contento.*

Y entonces, lleno de la alegría del Espíritu exclamé: *Engrandece mi alma al Señor porque Él está haciendo desde mi pequeñez obras grandes para los más pequeños, Quisiera decir a todos que me feliciten porque soy el hombre más feliz del mundo.*

El Nacimiento

Cuando por primera vez entré en la prisión mi corazón se encogió. Aquellos muchachos que allí encontré estaban en el límite entre la vida y la muerte. Alguien tenía que darles una nueva vida, alguien tenía que darles la confianza necesaria para que pudieran nacer de nuevo. Pero nadie les quería, nadie les recibiría si un día salían de la prisión, lugar al que volverían irremediablemente.

Y de nuevo sentí la voz en mi corazón, como una nueva Anunciación: *haz algo, dales un hogar, transmítelos el amor que nunca han tenido.* Les llevé al “Pío Socorro”, esa sería su nueva casa, allí

emprenderían una nueva vida, sería como su segundo nacimiento. Cuando los vi entrar por la puerta sentí como un murmullo de ángeles que cantaban: *Gloria a Dios en lo alto del cielo y en la tierra paz a estos chicos que están experimentando que Dios les ama.*

La Presentación

Muchas veces experimenté en mi vida aquellas palabras que un día escuchó María: *Una espada atravesará tu alma.* Y, a veces, fue precisamente en el templo y por medio de mis superiores eclesiásticos, de donde me vinieron esas espadas. En esta ocasión sentí de nuevo las voces, pero eran muy diferentes: *Estás perdiendo el tiempo dedicándote a atender a esos chiquillos que estás acogiendo. Dedícate solamente a la predicación, allí eres el número uno. Es predicando que debes dar gloria a Dios y a su santa Iglesia.*

Estaba confuso. ¿Por qué me ponían en un dilema?, ¿por qué tenía que elegir entre predicación y mis querido niños? Y elegí ambas cosas.

Muchos no lo comprendieron y vi que comenzaba a molestar. Era el momento de partir de nuevo. Lejos, muy lejos. Pero presentía que ese viaje no era más que el preludio de un viaje mucho más largo y le dije al Señor: *Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz...*

Perdido y hallado

Yo que había tenido tantos encuentros en mi vida, fue lejos de los míos, lejos de mis niños y mis adolescentes, lejos de mis hermanos cuando recibí una visita inesperada: la enfermedad. Una terrible enfermedad que me condujo a la confusión total, a las alucinaciones, a la pérdida de todo control sobre uno mismo. La locura iba tomando posesión de todo mi ser y me sentí completamente perdido. En los pocos momentos de lucidez que disfrutaba me daba cuenta de lo que me estaba sucediendo y experimenté en toda su crudeza las palabras de Jesús: *el que pierda su vida... la salvará.* Eso era muy consolador, pero ¡qué duro!

Aquella noche del 30 de mayo me perdí, pero me sentí de nuevo en casa en el corazón misericordioso de Dios. Y en ese corazón me volví

a encontrar de una manera sorprendente y me sentí muy cerca de mis hermanos y de mis chicos.